

E. Ehrendost

Mitos y leyendas de la gran urbe



Editorial Alastor



El semáforo en perpetuo rojo



n un recóndito barrio de las periferias metropolitanas, zona de calles lúgubres y de casas mayoritariamente bajas, vivía hace mucho tiempo una humilde doncella, la inigualable hermosura y esbeltez de cuyo garbo concitaba la admiración y el elogio de todos los que posaban alguna vez sus ojos sobre ella, y la sencillez y nobleza de cuyas desprendidas acciones le granjeaban la bendición y el amor de todo el vecindario. Pero aconteció que, durante cierta noche de invierno, la muchacha se vio compelida a abandonar, a una hora intempestiva, el seguro refugio de su hogar tras recibir el urgente llamado de una anciana vecina cuyo frágil estado de salud le hacía requerir, como en muchas otras ocasiones, la inestimable ayuda de la doncella a la cabecera de su lecho.

Envuelta en una capa a fin de combatir el frío del insalubre clima, la joven partió, solitaria, hacia la morada de la anciana, apretando su ágil y leve paso en medio de las sombras nocturnas de las húmedas callejas. Mas, cuando la muchacha se hallaba ya en las cercanías del parque arbolado que debía cruzar para llegar a destino, un rostro depravado salió súbitamente a su encuentro, clavando pronto lúbricas miradas en la virgen inocencia del ángel que había hecho tan repentina aparición ante sus bestiales ojos.

A continuación, no bien el abyecto sátiro se lanzó en pos de la doncella como un halcón famélico lo haría sobre una tierna paloma, una frenética persecución tuvo lugar, mientras la ciudad entera, abandonada al reposo, permanecía indiferente entre los mullidos brazos del apacible sueño. Exhausta por la carrera, con el corazón saltándosele del pecho, y ya al borde de la más extrema desesperación, la muchacha, cayendo de rodillas en una esquina ante la despiadada mirada de su verdugo, invocó en su ayuda a todas las divinidades y dríades urbanas protectoras de la juventud, las cuales oyeron sus votos conmovidas e intercedieron ante las diosas de la polución por ella. Estas, mostrándose propicias, decidieron proteger la virtud de la muchacha acorralada en tan espantoso trance, y así fue que, frustrando las salaces intenciones del confundido violador, la metamorfosearon inmediatamente en un semáforo, el cual se yergue desde entonces en esa esquina sin que ninguna autoridad gubernamental acierte a determinar quién fue el que lo puso allí.

El dueño del mundo



Desde hace ya muchas décadas circula regularmente, por los barrios más sórdidos y los tugurios más ocultos de la ciudad, una singular conseja que nunca deja de estremecer el apesadumbrado corazón de quienes, con pálido semblante y apretados labios, la oyen en medio de la noche oscura y neblinosa.

Según asegura dicha leyenda, hace ya unos siglos, mientras la aurora del Iluminismo despuntaba sobre la humanidad con todo su contradictorio séquito de grandezas y de cánceres, Dios y el Hombre entraron en un altercado sin retorno y comenzaron a disputar fuertemente sobre quién de los dos era el verdadero dueño de este mundo.

Sostenía Dios, secundado por una apretada falange de sacerdotes y creyentes, que la Tierra, junto con toda la vida y la belleza incluidas en su vasta superficie, había sido creada por él y, por lo tanto, podía considerarse como de su legítima e inalienable propiedad; mas a ello respondía el Hombre, acompañado por cada vez más nutridas legiones de ateos, que Dios mismo era una construcción humana y que, como consecuencia de ello, el mundo era heredad exclusiva de la más alta criatura que habitaba su superficie. A grandes voces discutían estas razones, sin llegar a ponerse nunca de acuerdo sobre a quién pertenecía el mundo, hasta que finalmente resolvieron acudir a un tribunal mediador y someter la ardiente disputa a su laudo irrecusable.

Se apersonaron así, pues, ante los portales del Infierno, donde los recibió con curiosidad y respeto un atónito Satán. Siendo enemigo por igual de ambos, la justicia e imparcialidad del infame señor de las moscas podía darse por garantizada. De esta suerte, las partes en litigio expusieron por turno, ante el Maligno, sus respectivos alegatos, empleando para ello todas las armas de sus singulares poderes persuasivos y de sus refinados arsenales retóricos. Tras escucharlos con mucha atención y cuidado, Satán permaneció pensativo durante largos minutos, sopesando con celo las excelentes argumentaciones expuestas con pasión y vehemencia por ambos rivales; finalmente, resolvió zanjar el pleito por medio de un fallo eminentemente salomónico: su decisión fue la de partir el mundo en dos y otorgar una mitad del orbe a cada uno de los irreconciliables demandantes.

Pero entonces aconteció, y no me sorprende de ello, que tanto Dios como el Hombre, mostrando impudicamente todos los pelos y señas

Los devoradores de pavimento



uando un sufrido trabajador, que en vano intenta conciliar el sueño reparador tras finalizar otra dura jornada de vida, advierte con estupor que la causa de su desvelo se verifica, de manera inequívoca, en el perro del vecino y sus intermitentes pero infinitos ladridos nocturnos, que resuenan lastimeros y penetrantes en varios kilómetros a la redonda, puede tener por seguro, antes de inclinarse por alguna de las dos opciones que propone la eterna disyuntiva entre maldecir al fastidioso can o a su indolente dueño, que el origen último de tan demenciales aullidos se encuentra en el fino olfato con el cual la bestia percibe que, en alguna de las calles circunvecinas, un troll urbano ha salido de su morada y obsequia opíparamente sus sentidos en un delicioso banquete.

Estas sencillas criaturas, de carácter arisco y hábitos solitarios, se alimentan del pavimento de las ciudades. Practican sus madrigueras y escondrijos en las alcantarillas o en las bocas de tormenta de calles, avenidas y pasajes, y salen de incógnito por las noches a atragantarse, invisibles, en los puntos en los que los vehículos de mayor porte han ablandado suficientemente el sabroso asfalto. Según se ha notado, algunos prefieren roer, dispersamente y como al azar, diversos sectores de una misma bocacalle, pero los más gustan de horadar tenazmente un reducido perímetro que, vaya uno a saber por qué circunstancias, resulta de su particular agrado. Sus devaneos culinarios rara vez caen en la extravagancia de optar por adoquines o por baldosas de vereda, pero se ha visto de todo, incluso trolls que devoraban con singular placer, según lo denunciaban los efectos de su voracidad, losas de un patio o maderas del parquet de un dormitorio, creando así baches hogareños que debían ser luego disimulados con tensos alfombrados.

Se asevera que en determinados puntos de esta metrópolis, que no se halla exenta de tal plaga, pueden verse, de cuando en cuando, cráteres portentosos, insondables, que nadie sabe con qué clase de inframundos comunican; baches siniestros que semejan simas estigias, y en cuyos fatales precipicios de perdición y de sombra automóviles enteros, con sus desprevenidos conductores aferrados al volante, fueron tragados para siempre sin dejar un solo rastro. Esto sucede especialmente en las jornadas de lluvias copiosas, cuando estos baches de muerte se transforman en engañosas lagunas que el ojo humano interpreta,

El búho del parque arbolado



iento si digo que conocida es de todos la leyenda del búho gigantesco que habitaba en un inmenso parque arbolado y boscoso de la ciudad. Más me aproximo a la verdad, en cambio, si revelo que no son pocos los vecinos de la zona que aún recuerdan, con horror, los numerosos y escalofriantes testimonios del avistamiento de esta misteriosa criatura, a tal punto que se mantiene incólume entre ellos el viejo hábito de jamás internarse en dicho parque durante las frías y neblinosas horas de la noche. Diríase que son las mil formas del delito y del latrocinio violento las que infunden tal temor en sus pechos, pero el recuerdo de ese siniestro búho de dos metros sigue latente en sus atávicas memorias.

Sucedía, de cuando en cuando, que un viandante que, llevado de sus menesteres, debía trasladarse de un extremo al otro del parque tomaba con toda naturalidad la resolución de acortar camino cruzando en diagonal su larga extensión, ahorrándose con ese atajo la fatigosa tarea de bordearlo. Emprendía de ese modo su marcha, pero pronto comenzaba a percatarse de que los árboles parecían irse cerrando en torno a su paso, al tiempo en que las sombras nocturnas se volvían más densas y una extraña niebla surgía como de la nada. El paisaje se tornaba a cada instante más tétrico y ominoso conforme el caminante iba avanzando, y, cuando este alcanzaba las cercanías del corazón del parque, un claro surgía ante él. Por lo general, aunque no siempre, era en este punto donde el viandante se topaba con el perverso horror: un búho de una altura muy superior a la de un hombre promedio, de plumaje negro con manchas blancas y de un aterrador aspecto que muchos tildaban, no se sabe bien por qué, de «medieval». La espantosa alimaña comenzaba entonces a erizar sus plumas y a avanzar con talante belicoso hacia el infortunado intruso, que no dudaba un instante en darse a una alocada fuga que no se detenía sino hasta haber alcanzado la luminosa seguridad del asfalto. Narraba entonces su horrorosa vivencia a todo el mundo, pero siempre había un incrédulo poco dispuesto a dejarse amedrentar, de suerte tal que al poco tiempo se producía un nuevo avistamiento del ave con este escéptico como protagonista, quien a su vez relataba su experiencia ante otro incrédulo que repetía el proceso.

Pero llegó el día en el que la tasa de incredulidad descendió notablemente y quedó institucionalizada en el barrio la costumbre de jamás

El laberinto de Chas



Según datos fehacientes que he podido recabar, no queda ya en la ciudad un solo taxista o remisero tan imprudente o falto de noticias como para internarse con gusto, por orden expresa de algún pasajero, en aquel temible laberinto urbano que recibe el ominoso nombre de Chas. Trátase de un barrio de casas bajas y apacibles que ostenta el rasgo distintivo de ser ovalado y de, en consecuencia, ver su interior surcado por calles que describen intrincados trayectos circulares, elípticos, esferoidales, parabólicos, a veces incluso en forma de espiral o de cintas de Moebius, y cuyas bocacalles colisionan caprichosamente entre sí dando lugar a las combinaciones más impensadas, como ser calles que se cruzan consigo mismas, calles paralelas que de improviso se juntan formando intersecciones imposibles, y calles que no se cruzan jamás con calle alguna y de las que nadie sabe no ya cómo salir, sino incluso cómo pudo alguna vez llegar a ellas. Como todos podrán imaginar, penetrar en ese barrio laberíntico e indescifrable, capaz de fulminar para siempre la razón y el sano juicio de los más preclaros geómetras del mundo, es, desde los tiempos más remotos, un riesgo mortal que pocos conductores y transeúntes están dispuestos a correr.

Innúmeros son los extravíos, desencuentros y misterios de los que este extravagante torbellino de retorcidas callejas ha sido teatro. Las paradojas y los enigmas se multiplican a cada paso en sus recodos incomprensibles, en sus encrucijadas abominables, en sus cortadas engañosas, en sus rotondas que sugieren ouróboros, en sus círculos de infiernos dantescos, en sus ángulos hiperbólicos y en sus tangentes tetradimensionales. Se habla de cierta calle a la que la luz solar no puede llegar ni siquiera durante el mediodía, así como de una cuadra rectilínea cuyas dos esquinas opuestas van a parar a un mismo lugar, de tal modo que en ella resulta indiferente caminar en un sentido u otro. Cierta vez se halló una botella con un mensaje en su interior que consignaba la historia de un hombre que, por recorrer una sucesión de calles que conformaban un singular trazado cabalístico, quedó atrapado en otra dimensión, invisible a los ojos humanos. Unos expedicionarios, que se adentraron en el barrio tras atar precavidamente una sogá de miles de metros a un semáforo, cuando decidieron regresar encontraron que la sogá no tenía fin y que se perdía para siempre en un infinito de curvas y calles. Un

La progenie de la lluvia



s que no cantaré, acaso, qué es lo que sucede en la ciudad cuando el firmamento se encapota, las aves buscan refugio y, repentinamente, la lluvia derrama sus cantarinos torrentes sobre el asfalto y la baldosa; cuáles son las transformaciones que la urbe experimenta, cuáles los reparos del atemorizado hombre, y cuáles las criaturas que, como saliendo de un largo sueño, asoman furtivamente la cabeza e imprimen pronto en la metrópolis la huella de su insoslayable presencia?

Acaso deba empezar hablando de vosotras, traviesas hijas de la alcantarilla, oscuras náyades, ondinas y rusalkas que, en los días de copioso diluvio, tapáis aviesamente con residuos las bocas de tormenta, sumideros y drenajes a fin de inundar las esquinas para poder salir a nadar a gusto en esas improvisadas piscinas artificiales, bucear en el fondo de los baches, zambulliros en las mareas y retozar entre las graciosas olas que produce el solitario vehículo que, de tanto en tanto, surca las anegadas bocacalles con prudencia.

Pero no es posible hablar de travesuras sin mencionaros de inmediato a vosotros, arteros trasgos de las baldosas flojas, que, no bien caen las primeras gotas, empezáis ya a almacenar en vuestros espaciosos buches una buena cantidad de agua barrosa para, en cuanto un humano de impecable atuendo pose sin querer, en su premura, un raudo pie sobre vosotros, descargar con jocunda malicia sobre él todo vuestro atesorado lodo acuoso por medio de un vengativo salivazo que, ineluctablemente, acertará de lleno en sus recién lavados pantalones.

¿Y qué decir de vosotros, malévolos orcos de la tormenta?, que, cuando la lluvia es intensa y pertinaz, asumís formas de diminutas viejecillas y comenzáis a caminar, sin rumbo fijo, por todas las aceras de las zonas comerciales y céntricas, donde de inmediato, manteniéndoos pegados a las paredes, os adueñáis de las zonas techadas por balcones y por toldillos de tiendas y, blandiendo mortíferos paraguas abiertes de aceras y puntiagudas nervaduras, obligáis a todos los transeúntes que se vieron sorprendidos por la tormenta sin paraguas alguno, y que quieren conservar sanos y salvos sus ojos, a tener que esquivaros saliendo de la zona techada y exponiendo así sus cabellos y ropajes al violento efecto del agua torrencial y de los vientos que soplan de todas direcciones.

El fuego fatuo callejero



o son pocos, entre los espíritus menos perceptivos y profundos que pueblan este absurdo hormiguero de concreto, los que aseguran que la nuestra es una de las ciudades del mundo más enemistadas con el progreso y los avances industriales y tecnológicos; si eso es algo bueno o malo, no lo sé, pero de lo que estoy seguro es de que no hay nada de cierto en esa caprichosa apreciación. Podría refutarla con no menos de una docena de ejemplos distintos, pero por hoy me limitaré a narrar la historia de aquel extraño fuego fatuo que a menudo puede verse, durante las frías horas de la noche, flotando por las calles desiertas de la metrópolis y que, en opinión de muchos, no es otra cosa que el alma errabunda del último farolero que tuvo la ciudad.

Según lo quieren las distintas crónicas de la época, todos los días de la semana sin excepción este hombre era arrancado del oscuro bostezo de su morada por los últimos destellos de la mortecina luz del atardecer. Recorría entonces un número determinado de calles, llevando consigo su escalera y sus diversas herramientas de trabajo, y encendía uno a uno los faroles del acotado territorio que se encontraba bajo su jurisdicción al tiempo en que las estrellas se encendían una a una en lo alto. ¿Obedecería aquel fenómeno a un ángel que desempeñaba su mismo oficio en las pedregosas callejas del firmamento? Su cabeza no tenía tiempo para hacerse tan vacuas preguntas. Terminadas sus labores de iluminación citadina, este sacrificado constelador terrestre permanecía toda la noche en vela, deambulando con ojos de vigía por sus dominios para cerciorarse de que todo se mantuviese en orden y sosiego, hasta que, con las primeras claridades del alba, hacía el recorrido inverso con su escalera y ejecutaba en cada farol la operación contraria a la realizada durante la víspera. Regresaba finalmente a su domicilio con todas sus pertenencias, y nada volvía a saberse de él hasta el siguiente anochecer.

Pero la ciudad crecía, y con ella lo hacía el avance tecnológico del hombre. Una vasta gangrena de luces de feroces tonalidades eléctricas comenzó, así pues, a diseminarse velozmente por toda su extensión, tachonando con chillones resplandores todas sus arterias y derramando un enfermizo y cadavérico halo lumínico que resultó embriagador para polillas nocturnas y cicadélidos, pero que alejó de consuno, en

El canto de los árboles



adie sabría decir cómo fue que sucedió, pero ya es primavera. Atrás ha quedado el tiempo de hibernar, por lo que todos los árboles de la ciudad, con acusados contrastes, cada uno a su particular manera, despiertan de sus trances de invierno. Estiran entonces sus ramas para desperezarse, se engalanan una vez más con sus mejores verdes e inundan lentamente las calles con murmullos y trinos de aves. El sorprendido viandante, que acude a sus menesteres o regresa tardíamente a su morada, no se hace jamás consciente del fenómeno sino hasta que la volátil pelusa de los plátanos afecta su sistema respiratorio o las insidiosas bolitas de los paraísos se incrustan en las suelas de su calzado. Mucho menor es el pasmo que el evento produce en el poeta amigo de los desvelos, pues ya había tenido oportunidad de escuchar durante numerosas madrugadas el fastidioso canto del zorzal, inveterado heraldo de la llegada de los días calurosos.

Una extraña magia recorre entonces, invisible, la ciudad. Colores, aromas y gorjeos se desparraman como un alud por todas las manzanas que la componen. Las hamadriades de la avenida Melián retoman sus jocundas danzas, el ciprés mira por sobre su hombro con una altiva expresión de suficiencia, las tipas lloran como plañideras a aquellos que murieron en soledad durante el frío invierno, los ombúes entreabren sus soñolientos párpados y se huelgan cómodamente en sus anchas sombras, y el jacarandá renueva su irrisorio desafío a los estupefactos ojos del daltónico. Cada vena y arteria de la vieja metrópolis bulle con la savia de una nueva vida, que la rejuvenece por completo.

Sin embargo, no toda esta proteica y multiforme alquimia es discernible a los ojos de cualquiera. Hay sucesos que, año tras año, cuando la munífica primavera los refunda, prefieren permanecer en lo oculto. Por ejemplo, el florecer de ese eucalipto que confiere extraños sueños a quien reposa bajo su sombra y cuyas semillas son especialmente codiciadas por las brujas, pues se dice que calentadas en aceite producen intoxicantes visiones. O aquel ceibo que susurra misteriosos vocablos que ninguno de los informados lingüistas y eruditos que a diario acuden a oírlo desde todas las latitudes ha podido aún identificar. Hay un lapacho cuyas ramas proyectan, en las noches de luna llena, una sombra sobre el suelo entre cuyas enmarañadas tracerías se ocultan todo

La marcha de los enanos



Quien ha pasado alguna vez por el frente de esa casa la conoce bien, pues no se parece en nada a sus vecinas ni a ninguna otra vivienda de la ciudad. Empero, las singularidades que la diferencian del resto no se verifican en la arquitectura de su edificación, más bien ordinaria, ni en los colores de su pintura, para nada llamativa, sino en su espeluznante jardín. Aquel que lo ve por vez primera queda invariablemente boquiabierto y, movido por un impulso mecánico al que no se puede sustraer, estira de inmediato su cuello con la manifiesta intención de abarcar con su mirada un panorama más amplio. Pues allí, desperdigada por la verde hierba del generoso frente que media entre aquella morada y las rejas de la calle, puede avistarse una de las más vastas y magníficas colecciones imaginables de esculturas de animales y enanos de jardín jamás reunidas por el hombre.

Lo primero que el observador atina a especular es que los dueños de la casa, tras recibir algún mandato divino o merced al certero conocimiento de alguna inminente catástrofe sólo avizorada por ellos, se han propuesto congregarse en aquel anfiteatro de extravagancias la mayor diversidad posible de esculturas y conformar un estrambótico jardín de Noé para salvarlas de una segura extinción, pero nadie aún ha podido conjeturar con exactitud la índole de la tragedia apocalíptica que presuntamente amenaza a tales estatuas. Cualquiera sea el caso, enanos, gnomos, elfos y duendes de todas las clases y con gorros de todos los colores se dan cita allí, pero también flamencos, quimeras, esfinges, grifos, egipanes, faunos, lamias, nyarlathoteps y cuanta criatura real o imaginaria la mente humana es capaz de concebir.

Los niños, al ver las pasmosas efigies de aquellas mudas entidades de escayola desde la ventana del colectivo, las señalan con asombro y deleite a sus acompañantes mayores o las saludan agitando sus manos abiertas mientras las estatuas los observan inmóviles y en silencio. Las ancianas del barrio, en cambio, se persignan al pasar caminando frente a la casa, aunque lo más común es que eviten siquiera hollar su vereda, lo mismo que quienes pasean perros y ya han visto a sus mascotas enloquecer de furia y ladrar con ojos enrojecidos a esos pétreos espectadores. Mas el viandante nocturno, que transita por allí con las manos en los bolsillos y enfrascado en abstrusos pensamientos sobre sus inminentes proyectos en verso o en prosa, si por azar levanta la vista advierte, con

Las gorgonas del museo



o primero que llama la atención de quienes visitan el lugar es la pasmosa perfección que exhiben las incontables estatuas allí expuestas. La asombrosa semejanza que ostentan con el modelo humano, así como la increíble fidelidad en la representación de rasgos y proporciones, les valen los encendidos elogios y la admiración sin reservas tanto del visitante lego en cuestiones artísticas como de los escultores más afamados. Merced a su bien ganado renombre, el museo se ha vuelto así lentamente un obligado punto de atracción para copiosos contingentes turísticos que llegan de todo el orbe a fin de contemplar, con incrédula estupefacción, esas marmóreas figuras que parecen haber sido cinceladas con sobrenatural maestría por las diestras manos de eximios dioses creadores.

Pero, por desgracia, esas maravillosas esculturas no obedecen al talento y los monomaniacos afanes de algún artista sin nombre que ha consagrado su vida, entre privaciones y soledad, al perfeccionamiento en las más intrincadas técnicas del labrado. Muy por el contrario, las oscuras tussauds que nutren de estatuas y representaciones escultóricas al museo son tres hermanas que, según se murmura, no han estudiado arte sino, antes bien, brujería. Entre los muchos saberes de hechicería y nigromancia que se les adjudican, sin duda el más infame es su conjuro para transformar a voluntad hombres en mármol con una simple mirada. Naturalmente, este rumor ha conducido a la demencial teoría de que todas las esculturas y bustos que pueblan los recintos del museo son en realidad personas, reportadas por sus familias como desaparecidas a lo largo de las décadas, que han quedado atrapadas en piedra mediante la acción de aquel terrible maleficio.

Sin embargo, lo que vuelve más espantosa la labor de estas infernales gorgonas es que sus servicios no se han limitado a abastecer el tétrico museo en el cual moran, sino que pueden hallarse pétreas víctimas de sus encantamientos por toda la ciudad, lo que hace que su número se torne incalculable. No faltan así las plazas y parques públicos ornados con alguna magnífica pieza producto de sus abominables sortilegios, ni tampoco son raros los ejemplos de sus negras artes que pueden avistarse entre las cariátides y efigies que embellecen la arquitectura de suntuosas edificaciones o que decoran delicadas fuentes y jardines. Los principales cementerios de la región también ofrecen a los ojos de

La huelga de fantasmas



as garras de la preocupación habían labrado hondas arrugas en la frente del poeta. Por mucho que noche tras noche se aventuraba en aquel túnel que pasaba bajo las vías del tren, un sitio de mala fama cuyos aires permanecían perennemente entenebrecidos por las miasmas de orín, y lo cruzaba con insistencia en ambas direcciones, no era capaz de ver allí fluctuando, como siempre, los indecisos contornos del fantasma del niño flautista. Y tampoco eran audibles los siniestros estridores de su flauta, que arrancaban desesperados ladridos a los perros de la zona, ahora sumidos en completo silencio. Los vecinos llevaban ya tiempo evitando transitar por aquel túnel: todos habían sufrido la aterradora experiencia de toparse con ese niño espectral, cuyos párpados alguna extraña enfermedad había plegado en forma de irregulares estrellas, que les hacía gestos con una mano para que se acercasen y que de pronto rompía a expeler horribles melodías con su funesto caramillo de hueso. Al verlo, dudaban por un instante del testimonio de sus sentidos, pero con las primeras notas de la flauta todos se entregaban a demenciales fugas subiendo a toda carrera las escaleras del túnel y perdiéndose en las húmedas entrañas de la oscura noche citadina. Mas el poeta, inveterado amigo de esos placeres malsanos, se preguntaba qué habría sido de aquel pequeño músico de ultratumba.

En otra parte de la ciudad, absolutamente nadie se percataba de que había cesado en sus históricas actividades el fantasma del campanario de la iglesia, cuyas enloquecidas campanadas siempre presagiaban, para absoluta indiferencia de una apática población que jamás les prestaba oído, el cercano advenimiento de alguna catástrofe o calamidad. ¿Y qué decir de aquella glorieta en la que habitaban las sombras de dos amantes que, por las terribles vicisitudes de su tenaz pero prohibida pasión, habían sufrido en conjunto un trágico final? Nadie había vuelto a ver sus indefinidas siluetas fantasmales besándose entre las neblinas de la noche, pero nadie tampoco parecía advertir sus ausencias. ¿A qué clase de sortilegio podían obedecer todas aquellas desapariciones simultáneas de las presencias sobrenaturales que, durante tantos años, habían sabido engalanar los distintos recovecos de la ciudad?

Todo había comenzado con el imparable auge del floreciente boom inmobiliario. Incontables eran las viejas casonas, mansiones y palace-

Índice

MITOS Y LEYENDAS DE LA GRAN URBE	
Prólogo.....	7
LIBRO I	
El semáforo en perpetuo rojo.....	13
La bocina del tren espectral	15
La pianista y el poeta	17
El ucraniano errante	19
El dueño del mundo.....	21
Los dioses de los ríos infectos	23
La cabeza del albañil	25
La moto sin jinete	29
Los devoradores de pavimento.....	31
El carrotauro	33
El conductor recompensado.....	35
Las ninfas de los faroles	37
LIBRO II	
El treno de los félicos.....	41
El búho del parque arbolado	43
El hombre de la barrera.....	45
Leyendas virtuales	47
El érebo de asfalto	51
La teogonía urbana	53
El beso de Selene.....	55
El laberinto de Chas.....	57
El burdel embrujado.....	59
La progenie de la lluvia	63
Los símbolos del portal	65
El caminante nocturno	67
LIBRO III	
El fuego fatuo callejero	75
El depósito de lágrimas	79
El canto de los árboles	83
La marcha de los enanos.....	87

El volumen exicial.....	89
El oráculo de la plaza	93
El pintor sin alma	97
La diosa del olvido	101
Las gorgonas del museo	107
El mendigo angelical.....	111
La huelga de fantasmas.....	115
El Ragnarok de la gran urbe.....	119